

La afectividad: una aclaración terminológica (Parte II)

Juan de Dios Larrú Burdiel y M^a Flora Ramos Gutiérrez

PRIMERA PARTE

1. Los afectos
2. Las emociones
 - El mundo de las emociones
 - Tipos de emociones

SEGUNDA PARTE

3. Los sentimientos
 - Recorrido histórico
 - ¿Qué entendemos por sentimientos?
 - Comparación entre emoción y sentimiento
 - ¿Cómo educar los sentimientos?
4. Las pasiones
 - Categoría de las pasiones
 - ¿Cómo nos afectan las pasiones?
5. Las motivaciones
 - ¿Qué es lo que nos mueve a actuar?
6. Conclusión



III. Los Sentimientos

La forma habitual de discurrir la afectividad es a través de los sentimientos (el término “sentimiento” es todo menos unívoco), que son el cauce más frecuente. El profesor López Ibor indica que “podemos hacer una definición relativamente precisa de lo que es un instinto, de lo que es una sensación o de lo que es percepción; pero es mucho más difícil definir lo que es un sentimiento. La dificultad es tan extraordinaria, que, como primera aproximación, podríamos elegir una especie de circunspección negativa de la idea de sentimiento; es decir, sentimiento es lo que no es instinto, lo que no es pensamiento, lo que no es percepción; es decir, *todo lo que no es una vida psíquica objetivable*”. La reflexión sobre los sentimientos que aquí nos ocupa nos parece importante porque en algunos comentarios se confunde el amor con los sentimientos de la pareja. La pareja se

constituye a partir de una elección afectiva, de una atracción sexual y de un proyecto de construir una relación común en la que tendrán su lugar los hijos. La pareja sentimental se basa en el intercambio de sentimientos y emociones, pero sin tener otros proyectos. Esta pareja manifiesta la necesidad de estar en una relación de espejo, encerrada en la idealización de su vivencia y en unas representaciones proyectadas sobre el otro. Aquí el tiempo se reduce a lo inmediato y los instantes son para sentirse a través del otro.

Recorrido histórico

El término aparece por primera vez en el S. XII, pero ya en la segunda mitad del S. X, surge la expresión sentir, procedente del latín “*sentire*”, que indica percibir por los sentidos, darse cuenta, pensar, opinar. Entre los S. XII y XIII afloran las palabras

sentimental, sentimentalismo, resentimiento. Pero es en el S. XVII, con Descartes, cuando aparece este término de forma precisa y concreta: designa estados interiores pasivos difíciles de relatar, como si se tratara de “impresiones fugitivas”. El pensamiento cartesiano distinguió entre “estados simples y complejos”. Pascal, en sus “Pensamientos” opone el sentimiento a la razón, concepción que estará vigente durante más de un siglo.

Nicolás de Malebranch, discípulo de Descartes, describe el sentimiento como una impresión de tonalidad confusa, con ingredientes psico-físicos; su relevancia estriba en haber demostrado su importancia a nivel individual, como modificador de la trayectoria biográfica, y concluye: el sentimiento confiere una forma especial de conocimiento.

Más adelante Leibniz, abre una vía más intelectual de los sentimientos, al afirmar que “tout sentiment est la perception confuse d'une vérité”. Poco después, la Ilustración francesa nos ofrecerá dos ejemplos contrapuestos: Voltaire y Rousseau; el primero racionalista, y el segundo sentimental. Son dos personajes con luz propia, que recorren la cultura de S. XVIII y son el inicio de una corriente romántica.

Los principales representantes de la “moral del sentimiento”, los empiristas ingleses (R. Cumberland, A. Shaftesbury, F. Hutcheson, A. Smith), hablan de “*moral sense*”, la facultad, independiente de la razón, de reconocer intuitivamente y con seguridad el bien y el mal en hechos concretos, en general en actos que conciernen al bien común, por una vivencia estética de la naturaleza humana universal (Shaftesbury), o como una simpatía desinteresada hacia el bien común (Hutcheson).

El sentido o sentimiento moral es la conciencia de la existencia del bien, distinto de la conciencia moral, que es el poder de apreciación y discernimiento (conciencia de hacer el bien). El “*moral sense*” es vivenciado como una facultad más, como “algún sentido o sentimiento interno que la naturaleza ha hecho universal en toda la

especie” (Hume). Esta creencia en una naturaleza universal común es propia del S. XVIII, pero a la vez, se añade la convicción de que no reside en la razón, sino en el sentimiento la bondad de los actos que siguen la naturaleza (Rousseau, Jacobi). La afirmación la recoge el pietismo alemán, que insiste en alcanzar la fe por una afirmación práctica de la voluntad, no por la razón. Todas estas corrientes incidieron en Kant para diferenciar la razón teórica de la razón práctica.

Finalmente conviene recordar que fue el Romanticismo el que hizo una marcada exaltación del mundo sentimental, considerándolo como elemento decisivo para la creación artística. Según el ideal moral estoico, la persona no ha de tener en cuenta de ningún modo sus afectos. Este olvido del afecto reaparece en la moral moderna y desencadenará por reacción, el movimiento romántico. Esta corriente se impone en Europa a lo largo del S. XIX: El hombre romántico vive la vida afectiva de forma desmesurada, hipertrofiada, agrandada, exagerada. Su principal actitud es el “desaliento” y la “melancolía”.

Sus grandes representantes son: En Gran Bretaña Lord Byron; Hölderlin en Alemania; Chateaubriand, Víctor Hugo, Teófilo Gautier y George Sand, en Francia; Manzoni y Leopardi, en Italia; Goyál, en Rusia; en Portugal, el vizconde Almeida Garret; en España, José Zorrilla, Espronceda, Mariano José de Larra y un rezagado: Gustavo Adolfo Bécquer.

En todos ellos latan las mismas constantes de esta etapa: Cultivo de los paisajes interiores, navegación por el mundo de la tristeza, la nostalgia, la melancolía y un análisis por el vertiginoso mundo de las emociones más diversas. En la época actual, del consumismo emocional, es el resultado último de la primacía del sentimiento típico del romanticismo que sanciona la importancia bajo forma de protesta antirracionalista.

¿Qué entendemos por sentimiento?

El sentimiento es la experiencia más importante de las cuatro experiencias afectivas que estamos analizando, ya que es la forma más frecuente de discurrir la vida afectiva. Pero ¿qué es el sentimiento?

Si preguntásemos a diversas personas que nos definieran el sentimiento podríamos encontrar respuestas como éstas: es la impresión y movimiento que causan en el alma las cosas espirituales; es la acción de sentir o sentirse; es el estado de ánimo afligido por un acontecimiento; es la parte afectiva del ser humano por oposición a la razón; es una experiencia subjetiva íntima; es afecto; es amor; etc... Frecuentemente se rebaja el amor a un sentimiento que puede dirigirse también a las cosas y, en fin, no se da cuenta de la originalidad del amor a las personas como en el caso de Pascal, que afirma: “no se aman nunca las personas, sino solamente las cualidades”, o bien Ortega y Gasset que indica que “el amor, hablando estrictamente, es pura actividad sentimental hacia un objeto, que puede ser cualquiera, persona o cosa”, y también E. Fromm que explica que “el amor no es esencialmente una relación con una persona específica; es una actitud, una orientación del carácter que determina el tipo de relación de una persona con el mundo como totalidad, no con un objeto amoroso”.

Como ya apuntábamos, se tiene la tendencia a confundir sentimientos con la relación amorosa o una atracción sexual con una calidad relacional que no existe. Por el contrario, la relación amorosa se encamina a unificar la vida sentimental con la atracción sexual.

Con el término sentimiento pueden expresarse los siguientes conceptos e ideas según la psicología:

- 1.- La conciencia de un hecho, clara o confusa según los casos.
- 2.- El conocimiento intuitivo, a modo de presentimiento.
- 3.- Una relación con los fenómenos afectivos en general.

4.- Los estados afectivos originados a partir de una idea y no de simples impresiones orgánicas.

5.- Con mayor especificidad se refiere a emociones de mediana o escasa intensidad: lo que se denomina emoción-sentimiento, en oposición al concepto de emoción-shock, en que existe una mayor intensidad tanto del estímulo que la origina como de la reacción afectiva.

6.- Las inclinaciones generales e instintivas del hombre. Así se habla de sentimientos personales, altruistas; de sentimiento moral, estético, religioso, etc.

7.- Más específicamente, los sentimientos altruistas de amor, piedad, amistad, admiración, etc. En tal sentido se emplea en el concepto de moral del sentimiento, que se opone tanto a los sistemas de moral racional como a las doctrinas de base utilitaria.

Después de cuanto ha sido expuesto, podemos definir el sentimiento con el profesor E. Rojas diciendo que es un estado subjetivo difuso, que tiene siempre una tonalidad positiva o negativa.

Comparación ente emoción y sentimiento

Según Lacroix entre sentimiento y emoción hay una diferencia más cuantitativa que cualitativa, una diferencia de duración e intensidad siendo el sentimiento un estado que se dilata en el tiempo y de tonos tenues mientras que la emoción solicita una satisfacción instantánea y excitante. Pensemos que ambas se configuran como fuertemente autocentradoras, expresan un estado (duradero o episódico) del sujeto cerrado, o si se prefiere lleno de sí, de su sentir, de sus intensas o sutiles sensaciones.

Si comparamos ahora la emoción y el sentimiento veremos que existen las siguientes diferencias:

- Las emociones tienen una presentación más "aguda" y súbita, muchas veces debido a su carácter inesperado; los sentimientos son más "crónicos" y no tienen esa nota imprevista y repentina.

- Las emociones tienen una "correlación vegetativa" importante, y en los sentimientos es escasa o inexistente.
- Las emociones son "estados subjetivos concretos" mientras que los sentimientos son más "difusos".
- La emoción es principalmente "dialéctica", invita al diálogo, la polémica, la argumentación..., su por qué. El sentimiento se compone de una amalgama de afectos en donde muchas veces es difícil trazar separaciones claras y distinciones geográficas netas.
- La emoción es más "biológica y psicológica", mientras que el sentimiento descansa sobre variables "sociales y culturales".
- Las emociones tienen un carácter que en lo fundamental y primario es innato, y por ello pueden poner en marcha procesos de motivación. Los sentimientos tienen un "carácter más sosegado" y dan la pauta del comportamiento habitual.
- La emoción "modifica más intensamente la conciencia" que el sentimiento. Se dan aquí dos condiciones clave: más intensidad y menor duración de la emoción y justamente la versión opuesta para el sentimiento.
- Los cambios que se operan, en cuanto al "plan cognitivo" de las emociones, son más marcados e intensos, pero tienden a desaparecer una vez asimilada la reacción emocional. En los sentimientos, la mutación tiene menos intensidad, es más elaborada y parsimoniosa y tiende a fijar o determinar ciertas conclusiones operativas para la vida práctica.
- En las emociones se diluye la participación *intelectual*, siempre dependiendo de la intensidad y duración que éstas tengan. Los sentimientos se dejan más fácilmente atrapar y analizar por razonamientos: síntesis de lo vivido, comprensión lógico-racional, distinción entre lo que en él ha sido accesorio y fundamental, etc.

¿Cómo educar los sentimientos?

Pero, ¿cómo educar los sentimientos? La educación de los sentimientos incluye autocontrol, equilibrio emocional, empatía, optimismo y agradecimiento.

Los psicólogos Slovey y Mayer nos definen la inteligencia emocional como la capacidad de controlar y regular los sentimientos de uno mismo y de los demás, utilizándolos como guía de pensamiento y de acción.

La educación de los sentimientos incluye las capacidades del conocimiento propio, autocontrol, equilibrio emocional, saber relacionarse bien con los demás desarrollando empatía, para reconocer y comprender los sentimientos de los demás y confiar en ellos.

No todos los sentimientos tienen la misma cualidad ni pertenecen al mismo nivel de vida afectiva, sino que se distribuyen según su profundidad por capas o estratos que van de lo más sensible a lo más espiritual con sus correspondientes valores.

A la primera de estas capas o estratos pertenecen los *sentimientos sensibles o sensaciones afectivas* (según la terminología de Stumpf), un tipo especial de sensaciones que, a pesar de que aparecen vinculadas con sentimientos y tienen un objeto, no son intencionales. Su principal característica es que pueden localizarse especialmente en el cuerpo y que su referencia al yo es muy indirecta. A este estrato pertenecen el dolor puramente corporal, el bienestar corporal, la agradabilidad y desagradabilidad ligadas a sensaciones de los sentidos y a temperaturas, olores, gustos, tonos y colores, las pasiones y las reacciones, y los valores correspondientes de lo agradable y de lo desagradable, de lo útil e inútil.

A la segunda etapa o estrato pertenecen los *sentimientos corporales y los sentimientos vitales*, ambos representados por sentimientos de salud y de cansancio que, a pesar de tener una relación con el cuerpo, carecen de una localización concreta. Su función principal consiste en señalar la significación valiosa de los procesos que

ocurren en nuestro cuerpo y a su alrededor. Son los encargados de hacernos sentir la vida en su ascenso o su decadencia, enfermedad y salud, peligro y porvenir, y como tales anticipan los valores de lo noble y lo vulgar, de la habilidad y la eficiencia.

Al tercero de estos estratos pertenecen los *sentimientos anímicos o puros* que no están vinculados con el cuerpo, sino con el yo psíquico, como la alegría y la tristeza, y que presentan los valores éticos (justo e injusto), estéticos (bello y feo) y del conocimiento (verdadero y falso).

Forman parte de la cuarta etapa o estrato los *sentimientos espirituales* o sentimientos de la personalidad, tales como la beatitud y la desesperación, los valores de lo sagrado y lo profano.

Por último, es de destacar el papel de mediación que surge de los sentimientos. La dificultad mayor que se observa en muchos de los matrimonios actuales estriba en que los cónyuges interpretan conscientemente su unión como un sentimiento y su amistad como un afecto. No entendiéndolo ni queriendo entender su misterio, se rechaza la conexión del amor con la verdad misma que implica, con la responsabilidad que genera por la persona amada, de modo que todo queda al arbitrio de la sinceridad e intensidad de los sentimientos. Todo es valorado por el sentimiento. La reducción del amor a un sentimiento ha conllevado un repliegue intimista en el que todo es valorado según la intensidad emotiva que ofrece. La experiencia amorosa posee, indudablemente, una dimensión sentimental, ya que su protagonista se hace consciente a lo que sucede en él y se goza, ensimismándose en ello. La cuestión no es prescindir de esta dimensión, sino, más bien, dejarla hablar en toda su grandeza. Pero el sentimiento del amor no es capaz de unir e integrar las distintas dimensiones de la persona, y de ahí que el amor vivido así se torne disgregante entre los cónyuges.

La pareja sentimental es frágil y encuentra dificultades para superar los conflictos, las pruebas y las edades de la vida en común, de

tal manera que la variación de los sentimientos se interpreta a menudo como la falta de amor para con el otro, y de esta inquietud surge la idea de la ruptura. Los miembros de la pareja se extrañan del callejón sin salida en el que se encuentran; pensaban que querían al otro, cuando en realidad no tenían más proyecto que el de reflejarse en él: confunden los sentimientos con el amor. O dicho de otra manera, no es el amor, sino la pasión sentimental la que los vuelve ciegos. El amor, que tiene una naturaleza completamente distinta, más bien aporta lucidez y estimula al individuo a intentar reajustarse respecto del otro.

IV. Las Pasiones

La tercera experiencia afectiva antes mencionada es la pasión. Se distingue de las emociones y de los sentimientos por tener la intensidad de la emoción y la vigencia temporal del sentimiento, lo que va a conducir a una disminución de la vida intelectual, en favor de la afectiva.

Este concepto deriva del latín "*passio-nis*", derivado a su vez de "*pati*" que significa padecer o ánimo violento que perturba tanto la razón como la voluntad; inclinación o preferencia muy vivas de una persona a otra; apetito o afición vehemente a una cosa, que implica, por tanto, un padecer el influjo de algo o de alguien sin que se haya decidido previamente. Este influjo consiste principalmente en "*ser atraído a algo que actúa en mí*". En la psicología moderna indica una tendencia o impulso de gran intensidad que rompe el equilibrio de la vida psíquica. Aquí la intensidad nos arrastra a lo que, en el lenguaje coloquial, podríamos llamar acaloramiento, acceso, arrebato, arranque, vivir algo con ardor y vehemencia.

Todo ello pone en evidencia ese carácter peculiar de poner en segundo plano todo lo que es inteligencia, conocimiento y juicio.

Categoría de las pasiones

Aristóteles decía que la pasión era una de las cuatro categorías vitales y la contraponía a la acción. Para el Estagirita, las pasiones forman parte de un constitutivo antropológico esencial para la persona, susceptible de ser plasmado por la razón, por lo que se integra con los demás principios operativos, teniendo así influjo decisivo en la acción. Hoy diríamos que es una modificación intensa y permanente de nuestra afectividad que en su momento más álgido se acompaña de descargas vegetativas que le dan una nota de vibración fisiológica “sui generis”.

Esta modificación intensa significa una perturbación, una alteración en su aceptación más etimológica: depender de la acción de otro, es decir, de lo exterior, de lo que hay fuera. Por eso, la vivencia es turbadora, de alboroto, desasosiego y sacudida; de ahí su parecido con la emoción.

Los estoicos consideran las pasiones como un movimiento del alma, irracional y contrario a la naturaleza, es decir, como una inclinación desordenada.

En Santo Tomás encontramos una revalorización de las pasiones que, no sólo retoma la perspectiva aristotélica, sino que la enriquece con la tradición cristiana del Pseudo Aeropagita, por lo que apreciará su valor decisivo en la misma vida espiritual

Los escolásticos las estudiaron como movimiento suscitado por el apetito sensible: lo que hoy se llamarían tendencias instintivas, que abarca todo el campo de la afectividad. Las principales pasiones para ésta corriente medieval eran el amor y el odio, la esperanza y el temor; éstas determinan las pasiones secundarias.

El español Juan Luis Vives (1492-1540) estableció una doctrina acerca de las pasiones: mueven el alma e influyen sobre las percepciones sensoriales y sobre el comportamiento. Es característico de las pasiones la necesidad de verse satisfechas con la máxima rapidez y también el poseer una fuerza tan acusada que obligan al individuo a pasar sobre barreras y normas

éticas con tal de alcanzar su objetivo. El morfínomano que consigue su droga fuera de la ley, el alcohólico que arruina su salud y a su familia, constituyen ejemplos paradigmáticos de este fenómeno.

Descartes, en el S. XVII, escribe las “Pasiones del alma”, y describe las seis que él considera fundamentales:

Amor – odio,
Alegría – tristeza,
Admiración – deseo.

El concepto de pasión nace entre el S. XVII y XVIII a través de la moral. Pero su separación clara y determinante de la emoción no se produce hasta finales del S. XVIII.

Maine de Biran, pensador y político francés (1766-1824), habló de pasiones activas y pasivas y adjudicó a cada una de ellas funciones corporales (circulación, respiración, secreción, etc.).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* indica que “las pasiones son componentes naturales del psiquismo humano, constituyen el lugar de paso y aseguran el vínculo entre la vida sensible y la vida del espíritu” (1764), y así mismo, se aprecia una gran valoración de las pasiones, hasta el punto de resaltar su necesidad en orden a la perfección: “la perfección moral consiste en que el hombre no sea movido al bien sólo por su voluntad, sino también por su apetito sensible” (1770). Su valor, por tanto, es grande en la vida moral.

Pero hay que señalar que las distintas investigaciones psicológico - psiquiátricas se han inclinado más al estudio de las emociones y de los sentimientos, quizá por comprender que las pasiones son una variante afectiva, que se sitúa entre ambas. Pero quizá la nota básica en su interpretación moderna que se distingue de la clásica, en cuanto a la relación que se establece entre ellas y la psicología, es su capacidad de desbordar el dominio de la razón y de la voluntad, lo que implica una pérdida del control de la conducta.

¿Cómo nos afectan las pasiones?

De todo lo anterior se deduce que las pasiones son movimientos del alma buenos en sí, siempre que sean rectamente gobernados por la inteligencia y la voluntad. Ahora bien, estas dos facultades están seriamente dañadas por el pecado, que oscurece la primera y debilita la segunda. El hombre, pecador, debe esforzarse, guiado y secundado siempre por la gracia, por



encontrar su camino y seguirlo fiel y denodadamente, luchando contra el desánimo y la pereza, teniendo de continuo ante sus ojos la razón de su existencia y el fin al que se dirige.

Por otra parte, la misma afectividad tiende a ser dirigida por la razón, es decir, a tener una disposición habitual en el orden práctico. Esta causalidad afectiva es el germen de las virtudes. “La pasión tiende a proyectarse sobre el juicio práctico que ilumina la «elección» o «decisión interior» acerca de lo inmediatamente operable (aquí y ahora el bien aparente), mientras que la inclinación afectiva habitual puede condicionar el juicio práctico que considera algo como apetecible en sí y por sí (amor e intención del fin)”. “En consecuencia, el hábito condiciona también el proceso deliberativo y electivo, pero de modo distinto a la pasión. La pasión fuerza este proceso, introduciendo en él un elemento irracional y dando lugar al pecado de fragilidad. Las virtudes y los vicios, en cambio, consolidan la intención del fin, principio del razonamiento práctico, a partir del cual fluye con limpieza y coherencia la deliberación racional que desemboca en la elección”.

«El amor es por definición pasional; pero pasional con aquel impulso que empuja al hombre todo (carne y espíritu, y espíritu tomado como lo más íntimo del hombre

total) a hacer saltar la estrecha esfera de su *egoísmo*, para darse todo (siquiera sea su pobreza) en la *entrega* completa a algo superior a él; a olvidarse de sí mismo, porque *lo otro* se le ha hecho lo único importante».

En este mundo pasional en el que el hombre se halla como inmerso, cabría distinguir dos tipos de fuerzas, no antagónicas entre sí sino más o menos preponderantes según los temperamentos y, también, las circunstancias. Las que componen el primero actúan sobre la región más noble y elevada del alma: vanidad, ambición (deseo de sobresalir y de mandar), codicia (deseo de poseer); mientras que las del segundo parasitan en las zonas bajas: pereza, gula, lujuria. Si las primeras fecundan la actividad hasta el exceso, las otras propician un estado de laxitud y enervamiento.

La lucha contra ellas vendrá obstaculizada en unas por cierta ceguera que impide reconocer su perversidad, y en las otras por el debilitamiento al que por sí mismas inducen a la voluntad. El sujeto que sufre éstas es consciente del envilecimiento a que le someten, fácilmente comprende y excusa esos mismos vicios en los otros y la humillación que la conciencia de su estado le produce puede predisponerle a la humildad, única puerta de entrada de Dios al alma. Al otro le sucede lo contrario: la soberbia envuelve como placenta a una criatura que difícilmente logra salir de ese encierro, de ese mundo ficticio en el que viven ignorantes de cuanto no sea su propio interés. La experiencia demuestra que la pasión puede llevar a la persona a no apartar la imaginación y el pensamiento de determinados objetos, y por esa vía la pasión puede condicionar dispositivamente el juicio práctico de la razón, el modo de considerar y de valorar una determinada situación.

Una de las principales razones para degradar la esfera afectiva, para negar el carácter espiritual a los actos afectivos y para rehusar al corazón un estatuto análogo al del entendimiento o la voluntad, es identificar de modo reductivo la afectividad con las experiencias afectivas de tipo inferior. “En un corazón podrido por las pasiones hay

siempre razones ocultas para encontrar falso lo verdadero; del fondo de la naturaleza desviada se elevan brumas que oscurecen la inteligencia. Nos convencemos fácilmente de lo que queremos y, cuando el corazón se entrega a la seducción del placer, la razón se abandona en brazos de la falsedad que justifica”.

V. Las Motivaciones

Para que exista afectividad es necesario un motivo, un hecho que la pueda producir pero de tal manera que me afecte, que origine en mí un impacto más o menos profundo dependiendo de la importancia que tal hecho signifique para mí. A partir de ahí, se produce una reacción y ésta puede ser de mayor o menor intensidad dependiendo de su importancia, lo cual será motivo de que permanezca su impacto por más o menos tiempo.

Desde el punto de vista psicológico, la constitución de una pareja formada por un hombre y una mujer está basada en un afecto y una atracción sexual del uno por el otro. La relación puede depender de otras motivaciones distintas, pero es la naturaleza de la relación la que va a constituir una de las condiciones de su duración y de su capacidad de comprometerse.

¿Qué es lo que nos mueve a actuar?

Un motivo es algo dentro de una persona, un impulso, un acicate, un incentivo, un estímulo, etc. (como necesidad, idea, estado orgánico) que incita a la acción. El ser racional para actuar necesita una motivación. Motivación viene de “*motus*” (movimiento). Ese movimiento dirige la acción hasta un fin previamente conocido (causa final). Si el fin buscado es algo asequible a los sentidos, surge fácilmente el deseo de su consecución.

Las acciones de la persona humana, por su trascendencia, requieren una razón, su motivación no es reactiva, sino implicativa, porque requiere la implicación de la persona en la consecución de un fin. Esta implicación no es sólo una creencia hipotética para obtener un resultado, sino el descubrimiento

de un sentido; no se circunscribe al valor de una acción concreta, sino a la implicación personal hacia la excelencia descubierta en ella. El concepto de rectitud que de aquí se desprende es ajeno al de una ponderación de bienes, o de una ordenación social, es la connaturalidad con el verdadero bien en un camino de excelencia humana.

Lo que da a una acción su sentido es la razón por la que obramos. Uno puede prestar un servicio a otro, pero puede tener otras intenciones. Posiblemente, el que prestó un servicio no quiera el bienestar de su prójimo sino que vaya tras sus propios intereses. Le ayuda, pero si le preguntamos por qué lo hace, probablemente nos respondería que porque desea ser útil. Al reaccionar así no ha mentido, pues ése era su pensamiento pero si profundizamos un poco más, puede que en su acción hubiera otra intención: que lo vieran otros. Tras la primera motivación se escondería su vanidad. Además, detrás de esta, puede haber otras motivaciones.



De esta manera, un motivo se puede esconder detrás de otro, mezclarse con los demás y entremezclarse hasta armar un conjunto complejo de motivaciones en nuestras actividades, en nuestro estado anímico compuesto de diversas capas, como los disimulos, los disfraces e hipocresías.

A veces, también sucede que deseamos algo sin saber a ciencia cierta qué es. Entonces nos sentimos interiormente inquietos, ansiosos, y desconocemos la causa. Echamos en falta una buena motivación. Son casos en los cuales el misterio se encuentra más profundamente arraigado en nuestro interior. Entonces nos ocurre que los pensamientos no tienen libertad, ni están clarificados los conceptos interiores, ni las palabras que los expresan. Esto ocasiona a la persona muchos problemas y permite que se cometan muchos errores. Es el momento de hacer una pausa para reflexionar y exponer nuestro caso ante Dios. Todo lo que ocurre, ocurre ante Dios. Él lo ve todo en su conjunto y en cada uno de sus detalles, en su exterior y en su interior, en sus causas y en sus consecuencias, en su origen y en su evolución. Y, a su tiempo, el Señor pronuncia su palabra y da su juicio sobre todo lo que existe y sobre todo lo que acontece. Hay que saber esperar en Él.

En cierta ocasión Dietrich von Hildebrand tuvo conocimiento de que uno de los sirvientes de su casa en Florencia había tenido varias aventuras amorosas. Al joven muchacho le expresó su desaprobación: “Ernesto, ¿cómo pudiste hacer eso?”, exclamó. A lo que el sirviente contestó: “signorino, usted no me ha comprendido; “non lo facciamo per cattiveria; lo facciamo perché ci fa sentire bene” (no lo hacemos por maldad; lo hacemos porque nos hace sentirnos bien)”. Más adelante, en su “Ética”, Dietrich llamaba a esta actitud “*motivación por la satisfacción puramente subjetiva*”.

Para Hildebrand existen dos categorías de importancia radicalmente diferentes, dos formas de motivación muy distintas: a la primera la llamó “*valor*”, esto es, lo importante en sí mismo, y a la otra, la llamó “*satisfacción meramente subjetiva*”, esto es, algo cuya importancia deriva exclusivamente del atractivo que tenga para una persona singular. La importancia está en que la gratitud es la respuesta debida al valor de una acción generosa, algo intrínsecamente bueno en sí mismo, mientras que la importancia que un objeto tiene para una persona depende exclusivamente de si ocurre o no que le guste.

Esta distinción rompe con la tesis de Scheler basada en que el placer era también un valor, aunque bajo en la escala de importancia. Si esto fuese así, la elección del placer frente a un valor se explicaría sólo como un error intelectual, y esto, obviamente, no corresponde con la realidad. El placer apela a un centro totalmente diferente del alma humana por lo que no se trata de una cuestión de más alto o más bajo, sino una cuestión de dos diferentes fuentes de motivación que son radicalmente distintas una de otra.

Todo este proceso es interno y puede dar lugar a manifestarlo verbalmente y provoca reacciones contrarias, bien de placer o displacer, de excitación o tranquilidad, de tensión o relajación, etc.

No se trata tanto de un tipo de afectividad, sino de un elemento necesario a la misma. El modo propio de considerarlo es la “intencionalidad” propia de la afectividad. Es una dimensión que cuenta con motivos objetivos. El conocimiento de la misma es muy importante para la comprensión global de la afectividad.

Para algunos autores, no hay una delimitación clara entre emoción y motivación. Tal es el criterio de Mandler. El mismo Gray insiste en separarlos aduciendo que son construcciones hipotéticas distintas porque mientras en la emoción hay una participación esencial de los estímulos externos, en la motivación la génesis estriba en cambios internos. Viene así un intento de agrupación de los estímulos en condicionados e incondicionados, positivos y negativos. Sin embargo, no es difícil ver que lo que propiamente viene al caso en la motivación de las tomas de posición del querer, el entusiasmo, la obediencia o el amor, es el valor captado intuitivamente y no el conocimiento del valor.

VI. Conclusión

Hasta aquí hemos expresado, aunque someramente, los elementos que principalmente mueven la afectividad de toda persona, con el fin de disponer de los medios necesarios que a muchos les llevará a conocerse a sí mismos mejor pues, como decía M. Arnold, sólo aquellos que nada esperan del azar, son dueños del destino. Este paso conviene no olvidarlo y reflexionar sobre él para poder estar seguros de que, cuando me encuentre con otra persona o grupo de ellas, conozca cómo puedo reaccionar. Además, así puedo saber qué es lo que me emociona, cómo reaccionar ante aquello que mueve mis sentimientos y sobre todo los más íntimos, qué es lo que, al ponerse en contacto conmigo, me produce un apasionamiento que me involucra con tenacidad, y cuáles son los resortes que ocasionan en mi ánimo una motivación que me alienta.

En el fondo de todo este movimiento interior está el amor. El amor es, en efecto, el dinamismo que anima todo conocimiento verdadero, porque nos abre a los seres y al ser. Procedemos de un amor originario sin intervención de nuestra libertad y lo experimentamos, muchas veces sorprendidos, con una intensidad variable, sobre diferentes personas con distintos caracteres, movidos por causas que a veces son impensables, pero que en su conjunto nos llevan a un estado de felicidad tras el cual buscamos la plenitud. Esto que experimentamos queremos que perdure y nos lleva a trascenderlo. “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”.

Al querer evitar la soledad, miramos hacia otras personas buscando afectos y reconocemos, primeramente, el amor maternal. Re-conocer quiere decir etimológicamente conocer de nuevo y por una acción reflexiva poder hallar al otro, a la otra genealogía dentro de sí. En la escuela de nuestros padres aprendemos lo que es amar

de modo intenso, esforzado, continuo, exculpatorio, educador, formativo, espiritual, alegre y sin esperar nada a cambio. También hemos conocido el amor fraternal que produce confianza y el amor de amistad. Y éste nos inquieta algo más porque ha salido del círculo familiar. La dignidad de la persona depende constitutivamente de la experiencia del reconocimiento intersubjetivo. Tenemos muchas preguntas para las que necesitamos una respuesta: ¿cómo es el amor de otra persona?, ¿qué lo produce?, ¿cómo reacciona?, ¿es capaz de transmitirlo?, ¿por qué tengo unos amigos y... otros amigos íntimos?, ¿qué es lo que provoca una atracción personal y quién o qué me empuja a ella?

Podríamos continuar añadiendo interrogantes pero nos vamos a centrar en analizar cuál es el comienzo de las relaciones amorosas que nos llevarán a la conyugalidad. F. Mauriac decía que “el amor conyugal que persiste a través de mil vicisitudes es el más bello de los milagros aunque sea el menor de los milagros”. Un amor indestructible entre cónyuges, o el amor entre padres e hijos que nada ni nadie puede romper, es verdaderamente hermoso pero no debe ser un milagro. Nos interesa saber cómo se desarrollan las vivencias interpersonales y de qué modo se han de evitar desviaciones que resulten en fracasos, tanto próximos como más tardíos. Amado Nervo dejó escrito que “la mayor parte de los fracasos nos vienen por querer adelantar la hora de los éxitos”. Desde el amor originario que me hizo nacer no conozco más que mi pasado y mi presente y del futuro sólo que dejaré, no se cuando, mi templo del cuerpo para llegar ante el que es todo amor. Pero en ese *mientras* misterioso, siento el impulso de buscar una fuente de amor vivo, con una cascada abundante que sature mi intimidad y que me lleve a padecer con alegría tanta felicidad como sea posible. Bernard Shaw decía que “sólo triunfa en el mundo quien se levanta y busca las circunstancias, y las crea si no las encuentra”. ■

CONCEPTOS SIGNIFICATIVOS

Los sentimientos como estados afectivos

Las pasiones

Las motivaciones.

CUESTIONES PARA EL DIÁLOGO

- ¿Por qué los sentimientos son más permanentes que las emociones?
- ¿Cómo relacionar pasión y acción?
- ¿Qué es lo que nos mueve a actuar?
- ¿Cómo aprender a interpretar la riqueza de nuestra vida afectiva?

AUTORES

Juan de Dios Larrú Burdiel y M^a Flora Ramos Gutiérrez

Padres de cuatro hijos, y abuelos de varios nietos. Él es Licenciado en Ciencias Económicas y ella Doctora en Ciencias Políticas. Ambos tienen el título de “Especialista en Pastoral Familiar” por el Pontificio Instituto Juan Pablo II. Madrid.